

La clase social como posición y representación

Un análisis sociológico de la autoafiliación en la estructura social. Argentina, 2014-2015.

Gonzalo Assusa

Instituto de Humanidades, Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas, Universidad Nacional de Córdoba, Ciudad de Córdoba, Córdoba, Argentina.

gon_assusa@hotmail.com/ gonzaloassusa@gmail.com

Héctor Mansilla

Universidad Nacional de Córdoba, Facultad de Ciencias Sociales, Ciudad de Córdoba, Córdoba, Argentina.

hectorosvaldomansilla@gmail.com

29

Laboratorio

Resumen

En este trabajo nos proponemos analizar las características asociadas a la autopercepción de clase para abordar el modo en el que llegan a corresponderse los principios de visión y división del mundo social. Además de la ocupación, los ingresos y el nivel educativo, nos preguntamos por el lugar del consumo, las prácticas de ocio, las políticas sociales y la percepción subjetiva del ingreso en el modo en el que los agentes se ubican a sí mismos en la estructura social. El análisis toma los datos de la Encuesta Nacional de la Estructura Social del Programa de Investigación sobre la Sociedad Argentina Contemporánea (ENES-PISAC).

Palabras claves: clase social – autopercepción de clase – consumo

Summary

In this paper we propose to analyze the characteristics associated with class self-perception to address the way in which the principles of vision and division of the social world come to correspond. In addition to occupation, income and educational level, we wonder about the place of consumption, leisure practices, social policies and the subjective perception of income in the way in which agents place themselves in the structure Social. The analysis takes the data from the National Survey of the Social Structure of the Research Program on Contemporary Argentine Society (ENES-PISAC).

Keywords: social class – class self-perception – consumption

Recibido: 30 de abril de 2019

Aprobado: 9 de septiembre de 2019

Introducción

En este trabajo nos proponemos analizar las características asociadas a las propias identificaciones de clase de agentes ubicados en distintas posiciones del espacio social argentino. Esto es, los condicionamientos sociales asociados a la autopercepción de clase en tanto modo en el que los agentes de distintas clases sociales se ubican a sí mismos en la estructura social conforme a escalas o sistemas de categorías de clase. Además de la condición ocupacional, los ingresos y el nivel educativo, nos preguntamos por el lugar del consumo, las prácticas de ocio, las políticas sociales y la percepción subjetiva del ingreso en ese proceso de autopercepción para abordar allí cómo llegan a corresponderse los principios de visión y división del mundo social. En las investigaciones sobre las autopercepciones de clase de los últimos 15 años existe un cierto consenso en torno al reconocimiento de una tendencia de la mayor parte de la población (entre el 70 y el 80%) hacia autoadscripciones en los sectores medios de la estructura o la escala social (Jorrat, 2008; Cruces y Tetaz, 2009; Castillo, Miranda y Madero Cabita, 2013; Grimson, 2015; Maceira, 2018; Kessler, inédito). ¿Esto significa que estamos ante sociedades íntegramente compuestas por clases medias? ¿Somos todos de clase media? Si por un lado es claro que la percepción nativa de la sociedad no tiene por qué corresponderse con la realidad de la estructura social (efectivamente, no somos todos de clase media), por otra parte, esto no puede llevarnos a descartar el dato en sí mismo que implica esta representación como tal. No es el objetivo de este

artículo refutar esta afirmación, pero volver sobre ella es uno de los núcleos que fundamenta la relevancia de esta temática en el debate público.

En la lucha cultural por imponer los modos legítimos de clasificar y, por lo tanto, percibir el mundo social (Bourdieu, 1988 y 2019), la sociología es apenas uno de los discursos que disputa por definir cómo es la sociedad en realidad y en qué posición se ubica cada persona y cada familia. Por todo ello, entendemos que el objetivo de conocimiento de nuestra investigación debe trascender la mera intención de mostrar cuán equivocadas están las medidas y las ponderaciones de los ciudadanos de a pie en sus representaciones de la sociedad. Cada una de estas identificaciones activan y movilizan estructuras sociales incorporadas, adscripciones y tomas de posición diferentes. Entonces, ¿Por qué los discursos que interpelan globalmente a la sociedad a partir del llamamiento a la clase media tienen semejante efectividad política? ¿Quiénes quedan fuera de esta interpelación? ¿Quiénes se sienten nombrados en las interpelaciones a cada clase social? Este interrogante constituye una primera aproximación para trascender analíticamente las perspectivas de “distorsión cognitiva” (Castillo, Miranda y Madero Cabita, 2013) –tan difundidas en las investigaciones que encuentran estas tendencias hacia la identificación modal con las posiciones o sectores medios, como mostraremos en el próximo apartado– y abordar las prácticas, narrativas e identidades diferenciales y en conflicto, movilizadas por el uso de las diferentes categorías de clase social.

El análisis del caso nacional argentino presenta la potencialidad de desentrañar esta particular tendencia de identificación mayoritaria con la clase media, como señalan los estudios desde Jorrot (2008) hasta Grimson (2015). Aunque esta tendencia es fuerte, dependiendo de la fuente de datos, el tipo de muestreo y el tipo de variable utilizada, la interpretación puede ser puesta entre paréntesis por distintas razones metodológicas, como mostraremos en próximos apartados. Además, las distintas representaciones de la estructura social han ocupado el centro del debate político en los últimos años: la narrativa de la universalización de la clase media se acompaña de los debates sobre la existencia y las dimensiones de la pobreza, junto a las disquisiciones sobre los niveles y tipos de consumo “legítimos” para cada posición de la estructura social. Estas dimensiones, además de aportar cierta novedad al presente estudio, lo anclan en el centro de discusiones políticas contemporáneas a las que puede y pretende aportar datos y reflexividad sociológica.

El análisis de este artículo está basado en datos de la Encuesta Nacional de la Estructura Social del Programa de Investigación sobre la Sociedad Argentina Contemporánea (ENES-PISAC)¹. A diferencia de las encuestas del

¹ El Programa de Investigación sobre la Sociedad Argentina Contemporánea (PISAC) fue creado para analizar la heterogeneidad de la sociedad argentina contemporánea en sus múltiples manifestaciones. Actualmente se encuentran disponibles las bases de microdatos (personas y

Sistema Estadístico Nacional, este relevamiento cuenta con variables de autodescripción de clase, ubicación en escalas de posiciones sociales, además de otras dimensiones relativas a la percepción de la estructura social y sus recursos asociados. También cuenta con datos sobre movilidad social o trayectoria de clase de la Persona Sostén del Hogar y su cónyuge.

¿Qué soy? ¿Dónde estoy? La percepción subjetiva de la posición en la estructura social

El procesamiento subjetivo de las posiciones de clase ha sido conceptualizado desde distintas perspectivas, tanto desde las tradiciones marxiana y lukacsiana (y sus respectivas categorías de conciencia de clase y falsa conciencia) (Castillo, Miranda y Madero Cabita, 2013), como así también desde la weberiana (y su noción de estatus social) o la funcionalista (y su noción de autoafiliación) (Germani, 2010). Sin ningún tipo de pretensión de exhaustividad, referiremos a las nociones de estatus subjetivo (Davies, 1956), autoafiliación (Germani, 2010) e identidad de clase (Kluegel, Singleton y Starnel, 1977) en un sentido genérico como formas de procesamiento subjetivo de la clase social, para adoptar luego las categorías de enclasmiento y representaciones sobre la estructura social con el objetivo de iluminar el material empírico con conceptos afines a la teoría de la práctica².

En esta dirección, los estudios sobre la autopercepción de estatus o el estatus social subjetivo, entendido como la creencia de una persona sobre su ubicación en el orden de estatus que puede o no coincidir con su estatus objetivo (Davies, 1956), han puesto el acento sobre la cuestión del “grado de correlación”. Incluso desde marcos teóricos divergentes (Kluegel, Singleton y Starnel, 1977; Germani, 2010) la preocupación en torno a la “ubicación” o la “autoafiliación adecuada” ha sido central. Por ello, la mayoría de estas investigaciones han adoptado dos modalidades para identificar dicha ubicación subjetiva, que coinciden con las dos variables de la ENES-PISAC que analizamos aquí, esto es: la autoubicación del encuestado en una escala de acuerdo con su posición

hogares) de una encuesta (ENES) sobre tres diseñadas. La ENES relevó información sobre 8.265 hogares y 27.609 personas en localidades de más de 2.000 habitantes de todas las provincias argentinas, así como en la ciudad de Buenos Aires (CABA). El trabajo de campo se realizó mayoritariamente durante el segundo semestre de 2014 y el primer semestre de 2015 en 1.156 radios censales de 339 localidades de todo el país, incluyendo los 24 partidos del Gran Buenos Aires y las 15 comunas de la CABA. Se utilizó una muestra polietápica compuesta por hogares seleccionados mediante métodos probabilísticos a partir de la información censal 2010.

2 En esta reconstrucción tomamos investigaciones con orientaciones metodológicas más o menos afines, que trabajan con encuestas o entrevistas en profundidad, dejando fuera un importante aporte a la temática realizada por la historia social (Hoggart, 2013), particularmente de orientación marxista (Thompson, 1989).

social, por un lado, y la selección del encuestado de una categoría de clase a la que considera pertenecer, por otro. Mientras que la primera medida (*self-anchoring scale*) es privilegiada porque facilita las comparaciones internacionales, evitando la interpretación idiosincrática de los “nombres” de las clases (Jorrrat, 2008; Castillo, Miranda y Madero Cabita, 2013), entendemos que en el mismo sentido la clase social de pertenencia moviliza narrativas sociales y repertorios morales, disponibles en un contexto local y nacional, dignos de ser abordados y explicados. Hecha esta aclaración nos enfocaremos en este trabajo en el análisis detallado de la primera de las variables.

Más allá de las disputas categoriales o metodológicas en este campo de investigaciones, llama la atención la fuerte confluencia de los resultados en distintos países y desde distintas perspectivas, en torno a la tendencia de las personas para ubicarse en posiciones intermedias de la escala y, de igual manera, para autoadscribir a las distintas categorías (baja, media y alta) de clase media. Sin ir más lejos, en la ENES-PISAC, la clase media y la categoría 5 de la escala resultan los valores modales, hecho que ya ha sido señalado para esta fuente de datos (Maceira, 2018) y en base a otras investigaciones (Cruces y Tetaz, 2009; Grimson, 2015). Este mapa perceptivo de la sociedad que delinea sus sectores medios con un 70% u 80% de la población ha significado, al mismo tiempo, un dato relevante y un objeto de interrogación en sí mismo para esta área de investigaciones.

Palabras más, palabras menos, buena parte de los estudios han abordado este fenómeno bajo la idea de distorsión cognitiva, “corrimiento” (Cruces y Tetaz, 2009), “imagen distorsionada” (Saraví, 2015), “disonancia” (Kessler, 2007), “inconsistencia posicional” (Araujo y Martuccelli, 2011), “conciencia dividida” (Kluegel, Singleton y Starnel, 1977) o “grado de correlación” (Davies, 1956). Si bien las hipótesis y propuestas interpretativas han aportado mucho a la comprensión compleja del fenómeno, existe cierta insuficiencia metodológica en el abordaje conceptual que quisiéramos poner de relieve junto con la sistematización de estas investigaciones para poner en valor el aporte específico de este trabajo.

La hipótesis de la fragmentación social (Saraví, 2015; Bayón y Saraví, 2019) y del abismo de empatía (Sachweh, 2012) encuentran, en una dinámica de sociabilidad cerrada, el motivo para la tolerancia e incluso el apoyo de vastos sectores a ciertas formas de asimetría y desigualdad en las sociedades contemporáneas. En la misma línea, la investigación de Castillo, Miranda y Madero Cabita (2013) ponen en evidencia la relación que existe entre el beneficio político que les implica a las elites la dinámica impuesta por la fragmentación social (con la que se vuelven minorías fuera del alcance perceptual) y el “heurístico de disponibilidad”, es decir, la descripción del mundo social a partir de un círculo de semejantes que cada individuo considera representativos del universo de posibilidades en la sociedad. En otras palabras, la socia-

bilidad clausurada a semejantes (por su ubicación en posiciones cercanas en la estructura social) genera que cada individuo tienda a ubicarse en la franja intermedia de la estructura social, considerándose a sí mismo una suerte de promedio sociológico.

La explicación del “muestreo subjetivo” y de la “disponibilidad heurística” ha sido aplicada por Jorrat (2008) para dar sentido a la singularidad del caso argentino (la tendencia de la población a ubicarse en el “medio” de la escala, en comparación con países como Gran Bretaña o EEUU). Orientado por la hipótesis de la “correspondencia” (“visión realista”) entre las percepciones de las personas sobre la clase y su situación objetiva, el autor muestra que la identificación con la clase media aumenta a medida que aumentan el nivel educativo, el ingreso y el carácter no manual del trabajo. Con datos homólogos, sin embargo, otros autores han mostrado antes (Germani, 2010) y después de él (Kessler, inédito) que estas correlaciones son muchas veces moderadas y situadas en contextos singulares (Jorrat mismo afirma esto último).

Grimson (2015), basado en una encuesta poblacional propia, en cambio, encuentra una correspondencia mucho más débil entre el nivel de ingresos y la estratificación subjetiva, y su explicación también se ancla en la dinámica de sociabilidad clausurada en todas las regiones de la estructura social y, como correlato, en una percepción mediada por la disponibilidad heurística en dicha sociabilidad. Ya señalamos los aportes de Castillo, Miranda y Madero Cabita (2013) para el caso chileno, basados en los datos de la encuesta internacional ISSP.

Otra exploración interesante es la planteada por Gino Germani (2010), en torno a la influencia de la visibilidad y nitidez del sistema de estratificación en el grado de adecuación de la autoafiliación de los encuestados (es decir, la proporción que escoge una categoría coincidente con su nivel socioeconómico o con la posición a él asignada por la disciplina sociológica en su análisis). Si bien el mismo autor señala las dificultades para medir variaciones sobre la institucionalización o visibilidad de cada sistema de estratificación social, o bien el carácter igualitario o desigualitario (que podemos llamar, liberal) de cada sistema nacional, retomaremos esta idea hacia el final para reflexionar sobre el lugar del *trabajo de representación* (Bourdieu, 1990) como un factor vital para comprender la efectiva distribución de las autoafiliaciones en estatus, estratos o clases sociales.

Aun cuando estos señalamientos sirvan para comprender los problemas políticos disparados por la sobreestimación del propio estatus (por ejemplo, en la falta de apoyo de sectores bajos a políticas redistributivas), el potencial explicativo de la hipótesis arrastra los problemas metodológicos de la idea-fuerza de la distorsión perceptiva. Como señalamos anteriormente, el objetivo de nuestras investigaciones no puede ser simplemente (aun cuando sirva en ese sentido para intervenciones políticas concretas) el señalamiento de la impre-

cisión sociológica de la población en sus representaciones sobre la estructura social³. Antes bien, será necesario, en futuras indagaciones y con distintas fuentes de datos, analizar y comprender los repertorios simbólicos y las narrativas sociales puestas en juego en la definición del propio lugar en la estructura social: una definición que es práctica y funciona –de hecho– en la vida social.

Esta breve revisión de antecedentes muestra, más allá de algunos acuerdos y puntos de divergencia, una serie de vacancias relativas. La primera, la necesidad de una articulación teórico-metodológica que permita no sólo suponer esta correspondencia en una dinámica de “reflejo”, sino que habilite a explicar sociológicamente la producción social de dicha correspondencia y su génesis: herramientas conceptuales para abordar el modo en el que llegan a corresponderse los principios de visión y división del mundo social, tal y como intentaremos resolver parcialmente en el apartado siguiente y en la conclusión. La segunda, dejando de lado la hipótesis más “dura” sobre correspondencia entre situación objetiva y percepción subjetiva de la estructura social, ¿Qué otras correspondencias pueden explorarse además de la condición ocupacional, los ingresos y el nivel educativo? ¿Qué sucede con el consumo, las prácticas de ocio y el equipamiento de los hogares? ¿Qué sucede con la salud, las políticas sociales y la percepción subjetiva de los ingresos? En este trabajo intentaremos dar cuenta también de algunos de los aspectos que Jorrat comienza a delinear en su estudio en torno a las actitudes sociales, políticas y culturales que se supone la clase (en un sentido objetivo y subjetivo) “predice”.

Los aportes de la teoría de la práctica para pensar la percepción subjetiva de la posición en la estructura social

Probablemente la conclusión del libro *La distinción* sea el anclaje fundamental para desandar los problemas metodológicos en este campo de investigaciones. Allí Bourdieu explicita el estatuto epistemológico del *conocimiento práctico* (percepciones, apreciaciones, imágenes, etc.) del mundo social en el proyecto de una sociología crítica de las clases sociales.

Bourdieu propone la reconstrucción analítica de la estructura social como una topografía social, rompiendo al mismo tiempo con lo que él consideraba

3 Como sostiene Pierre Bourdieu: “Los agentes sociales no tienen la ciencia infusa de lo que son y lo que hacen; más precisamente, no tienen necesariamente acceso al origen de su descontento o su malestar, y las declaraciones más espontáneas pueden, sin intención alguna de disimulo, expresar algo muy distinto de lo que en apariencia dicen. La sociología (y es lo que la distingue de la ciencia sin sabios de los sondeos de opinión) sabe que debe darse los medios de poner en cuestión, y en primer lugar en su cuestionamiento mismo, todas las preconstrucciones, todos los presupuestos que habitan tanto al encuestador como a los encuestados y que hacen que a menudo la relación de encuesta sólo se establezca sobre la base de un acuerdo de los inconscientes” (Bourdieu, 2010: 538).

los principales problemas en las teorías sociológicas de las clases sociales: el economicismo, el sustancialismo y el nominalismo. El espacio social se construye a partir de tres dimensiones de análisis: el volumen de capital de las familias, su estructura de capital y sus trayectorias (Bourdieu, 2011; Gutiérrez, 2005; 2012; Savage et al., 2013; Gutiérrez y Mansilla, 2015). El sistema de relaciones así construido –un espacio sociológicamente producido de clases en un sentido teórico, o clases “en el papel”– representa la distribución de múltiples recursos de poder o capitales, cuyo *valor* está definido por el *efecto estructural* de todos los factores de desigualdad y diferenciación, o de todas las distribuciones de distintos tipos de capitales. En este punto estriba la noción de desigualdad multidimensional aplicada al abordaje de la estructura social como espacio de las clases sociales.

A partir de este esquema, se entiende que los principios de visión del mundo social (estructuras cognitivas) encuentran su razón de ser en las divisiones sociales (o estructuras sociales), dado que los primeros son resultado (mediado y coyuntural) de la incorporación de las segundas en forma de habitus o esquemas de percepción y apreciación (Bourdieu, 2007). Esto significa que en la estructura social (es decir, en las posiciones y las relaciones entre posiciones) deben buscarse los fundamentos sociológicos (desde dónde y con qué) de las percepciones y las narrativas del mundo social.

En este sentido –y en cierta forma remitiendo al pasaje marxiano de *Contribución a la crítica de la economía política* sobre el *ser* social y la conciencia⁴–, Bourdieu sostiene que “Una clase se define por su ser percibido tanto como por su ser; por su consumo –que no tiene necesidad de ser ostentoso para ser simbólico– tanto como por su posición en las relaciones de producción (incluso si fuera cierto que ésta rige a aquél)” (Bourdieu, 1988: 494). La ya clásica distinción weberiana entre estatus y clase (con consecuencias concretas para los estudios de estatus subjetivo o identificación de clase) queda desdibujada, para dar paso a una construcción analítica multidimensional de las clases sociales⁵.

Por todo esto Bourdieu sostiene que “Los sistemas de enclasmiento no serían una apuesta de lucha tan decisiva si no contribuyeran a la existencia de las clases, al añadir a la eficacia de los mecanismos objetivos el refuerzo que le aportan las representaciones estructuradas conforme al enclasmiento” (Bourdieu, 1988: 490). El *enclasmiento* resulta un proceso relacional, dialéctico entre auto y heteroclasificaciones, en condiciones de posibilidad dadas por las condiciones sociales de vida de los agentes. Esta dialéctica de clasificacio-

4 “No es la conciencia del hombre la que determina su ser, sino, por el contrario, es su ser social el que determina su conciencia” (Marx, 1975)

5 “Los “grupos de estatus” fundados en un “estilo de vida” y en una “estilización de la vida” no son, como creía Max Weber, una especie diferente de grupo de clase, sino clase dominante negada o, si se quiere, sublimada y, por eso mismo, legitimada” (Bourdieu, 2007: 224).

nes produce las prácticas como *signos de distinción*, es decir, retraducción simbólica de la posición objetiva en el espacio social.

Es en este interjuego entre posiciones, disposiciones y tomas de posición o, en otras palabras, entre clases y enclasamientos, que Bourdieu propone un esquema analítico para el problema de la “ubicación” o *sense of one’s place* (Bourdieu, 1990).

Por otra parte, *la representación que los agentes se hacen de su propia posición y de la posición de los otros en el espacio social* (así como por lo demás la representación que dan de ella, consciente o inconscientemente, por sus prácticas o sus propiedades) es el producto de un sistema de esquemas de percepción y de apreciación que es él mismo el producto incorporado de una condición (es decir de una posición determinada en las distribuciones de las propiedades materiales y del capital simbólico) y que se apoya no sólo en los índices del juicio colectivo sino también en los indicadores objetivos de la posición realmente ocupada en las distribuciones que ese juicio colectivo toma en cuenta (Bourdieu, 2007: 225).

Es entonces a partir de la categoría del *habitus de clase* que puede comprenderse la producción de representaciones relacionales sobre la estructura social por parte de los agentes. En esta línea, la noción de habitus de clase permite iluminar la cuestión de la “ubicación” desde una nueva perspectiva. En primer lugar, porque las indagaciones sobre los factores objetivos que predicen la adscripción de clase y ubicación en la escala según la posición social encuentran en el habitus una instancia de mediación, con cierta cuota de indeterminación pero que no elimina el influjo de la posición social en un sentido multidimensional (Kluegel, Singleton y Starnel, 1977; Germani, 2010; Castillo, Miranda y Madero Cabita, 2013). En segundo lugar, porque las dinámicas de sociabilidad clausurada, centrales para los argumentos de las investigaciones reseñadas, pueden influir de manera determinante en la formación de esquemas para la práctica y la percepción y, por lo tanto, habilitan comprender de manera más compleja las representaciones producidas sobre la estructura social. Finalmente, la perspectiva de la lucha por las clasificaciones da lugar a una nueva mirada sobre la “distorsión” de dichas representaciones, ya no en términos de falsa conciencia sino de estrategia simbólica (práctica y percepción, o percepción práctica).

Metodología de análisis

El análisis en este texto se enfoca principalmente en proponer explicaciones e interpretar el comportamiento de las variables relativas a las representaciones sobre la estructura social. En el caso de la Base de microdatos

hogares de la ENES-PISAC, existen dos: [v258] PSH: Autoubicación en la escala de posición social y [v206a] PSH: Clase social de pertenencia.⁶

Mientras que en la primera variable los encuestados se ubican en una escala que va de 1 a 10, en la segunda se ubican escogiendo una de las seis categorías ofrecidas: clase baja, clase obrera, clase media-baja, clase media, clase media-alta, clase alta. Es necesario comentar que, si bien este sistema categorial no constituye, en sentido estricto, una variable ordinal, cinco de sus seis modalidades poseen una lógica de orden escalar (de baja a alta), salvo “clase obrera”, una incorporación que rompe con esta estructura y, en algún sentido, complejiza la posibilidad de pensar el sistema de categorías de la variable [v206a] con cierta unidad. La categoría de “clase obrera”, adquiere significaciones diferenciales en cada contexto nacional, por ejemplo, en relación a la *working class* británica. En el caso argentino, señala Jorrat (2008), la noción de “clase trabajadora” interpela como identidad aún más que la de “clase media”, fundamentalmente por el lugar central del “trabajo” en las disputas morales, simbólicas y políticas en el país. Esto no sucede de igual manera con la categoría “clase obrera” (equivalentes en el mundo sociológico angloparlante). Existen también otras discusiones, por ejemplo, acerca del reagrupamiento que opera Grimson (2015) para afirmar que un 80% de la población encuestada se percibe a sí misma de clase media: la significación del estatus de “baja” en la modalidad “clase media-baja” implica una connotación simbólica diferente a la de la “clase media-media” y siembra dudas sobre su recategorización conjunta.

Como señalamos, la tendencia general de los respondentes es a las posiciones centrales de cada una de las escalas o sistemas de clasificación. En el caso de la ENES-PISAC esto implica que las categorías centrales –del 4 al 7 en la Autoubicación en la escala de posición social y las clases media-baja, media y media-alta en la Clase social de pertenencia– concentran el 79 y el 69% de los casos⁷. Con la necesidad de trascender la mera identificación de esta tendencia modal, exploramos un procesamiento de los datos que diera la posibilidad de un análisis inverso: el de tomar las

6 Ambas surgen de preguntas formuladas al PSH del hogar y poseen el siguiente formato:

- Volviendo al presente y a su persona, ahora quisiera hacerle algunas preguntas sobre su posición social: ¿Dónde se ubicaría usted en la siguiente escala de posiciones sociales, que va de 1 (lo más bajo) a 10 (lo más alto)?
- ¿Se considera usted a sí mismo como perteneciendo a una clase social? [y en caso de responder afirmativamente] ¿Qué clase sería...?.

7 Es claro que esta recategorización es arbitraria y discutible. Jorrat (2008), por ejemplo, agrupa como “medias” las categorías 5 y 6. Kessler (inédito), por su parte, realiza su análisis sobre pobreza subjetiva analizando, sucesivamente, las categorías 1, 2 y 3, y luego 1 y 2, en forma agrupada. Experimentando con distintas combinaciones de agrupamientos, tomamos la decisión de trabajar con tramos extremos más cortos (1 a 3 en lugar de 1 a 4), pues esto habilitó explorar correlaciones más claras y definidas por constituir grupos más homogéneos, además de coincidir simbólicamente con el 30% de “pobres” o los 3 deciles más bajos de ingresos.

autoadscripciones como grupos definidos, para luego analizar asociaciones significativas con el resto de las variables.

Para ello, se reagrupó la variable [v258] de 10 modalidades en tres tramos: de 1 a 3, de 4 a 7 y de 8 a 10 y se procedió a caracterizar estos grupos a partir de una minería de datos. Así fue posible identificar una serie de dimensiones provisorias que permiten distinguir capitales, condiciones, prácticas y percepciones asociadas a cada una de las autoafiliaciones y, por lo tanto, movilizadas en la estrategia simbólica de ubicación en un punto del espacio social.

Autoafiliaciones y condicionamientos asociados a la percepción

Una primera dimensión correlacionada con las distintas autoafiliaciones es la de los *capitales* de las familias. No hablamos aquí de la estructuración del espacio social en torno a la desigual distribución de los capitales entre los diversos puntos del sistema de posiciones (Gutiérrez, 2005), sino de un conjunto *selecto* de recursos y condiciones materiales de vida que resultan significativas al momento de *definir* la propia posición (enclasarse).

La Tabla 1 presenta de manera resumida los principales condicionamientos de clase asociados a cada grupo de autopercepción. Su lectura permite ver una clara distribución desigual. En primer lugar, los ingresos monetarios de las familias aparecen en su doble dimensión, objetiva y subjetiva. Los ingresos monetarios más bajos se asocian al grupo autoafiliado en las categorías 1 a 3. Las categorías intermedias se asocian a ingresos medios y a la recepción de ingresos por vía de alquiler de inmuebles. Las autoafiliaciones entre 8 y 10, finalmente, se asocian a los deciles de ingresos más altos. Sin embargo, resulta muy relevante la autopercepción de ingresos. Mientras que la categoría más baja de autoafiliaciones se asocia a la definición de que el presupuesto familiar “no alcanza”, las categorías intermedias se asocian a la modalidad “alcanza pero no podemos ahorrar”, y las categorías altas aparecen asociadas a la posibilidad de ahorrar. El excedente presupuestario se constituye como un factor fundamental para comprender el procesamiento subjetivo de la propia posición social.

Tabla 1: Principales condicionamientos asociados a los grupos de autoafiliaciones

Grupo 1 a 3 de autoubicación en escala - 10.34%		
Variable	Categoría asociada	Valor test(*)
Apreciación sobre ingresos del hogar	No les alcanza	20,59
Manejo de computadora	No	15,49
Ingresos per cápita en SMVM	Menos de 1 SMVM	15,27
Máximo nivel educativo	Hasta Primaria completa	13,86
Calificación ocupacional	No calificado	9,96
Rama de actividad	Servicio doméstico	9,30
Conocimiento de idioma extranjero	No	8,87
Ingresos del hogar: Asignación Universal por Hijo	Sí	8,36
Ingresos del hogar: Algún otro tipo de pensión específica	Sí	7,27
Recibió el último año comida en comedores escolares	Sí, regularmente	6,95
Recibió el último año tarjeta de compra en supermercados	Sí, regularmente	5,38
Recibió el último año medicamentos / alimentos	Sí, regularmente	4,52
Rama de actividad	Construcción	4,34
Condición de inactividad	Ama de casa	4,22
Recibió el último año vestimenta, calzado	Sí, ocasionalmente	4,00
Grupo 4 a 7 de autoubicación en escala - 75.67%		
Manejo de computadora	Sí, nivel medio	8,82
Apreciación sobre ingresos del hogar	Alcanza pero no ahorran	8,55
Máximo nivel educativo	Secundario completo	6,53
Ingresos per cápita en SMVM	Entre 1 y 2 SMVM	6,39
Tecnología ocupacional	Operación de sistema	5,67
Supervisa el trabajo de otros	Sí	4,92

Ingresos del hogar: Asignación Universal por Hijo	No	4,57
Posesión de cuenta sueldo	Sí	4,56
Ingresos del hogar: Alquiler de una propiedad	Sí	3,71
Rama de actividad	Servicios privados,	3,24
Máximo nivel educativo alcanzado	Universitario completo	3,23
Rama de actividad	Comercio	3,20
Calificación ocupacional	Técnico	2,93
Jerarquía ocupacional	Directivo	2,87

Grupo 8 a 10 de autoubicación en escala - 9.03%

Apreciación sobre ingresos del hogar	Alcanza y pueden ahorrar	9,72
Manejo de computadora	Sí, nivel avanzado	5,11
Ingresos per cápita en SMVM	Más de 2 SMVM	4,99
PSH: Condición Socio-Ocupacional	Profesionales	4,51
PSH: Condición Socio-Ocupacional	Pequeños	4,50
	Productores	
Sector de actividad	Público	4,14
Calificación ocupacional	Profesional	4,14
Máximo nivel educativo alcanzado	Universitario	3,48
	completo	
Supervisa el trabajo de otros	Sí	3,23
Jerarquía ocupacional	Directivo	2,47
Rama de actividad	Servicios sociales	2,41
Rama de actividad	Enseñanza	2,40
Conocimiento de idioma extranjero	Sí, nivel avanzado	2,35
Tipos de derechos laborales que tiene en el trabajo	Obra social	2,35

Fuente: Elaboración propia en base a la ENES-PISAC

(*) Una categoría puede considerarse asociada a un grupo de autopercepción cuando la proporción presente en ese grupo difiere significativamente de la proporción presente en la población total. En este sentido, el Valor Test utilizado

para establecer dicha asociación, es un estadístico que mide el desvío entre la proporción con que una característica se presenta en un grupo y la proporción que presenta en la población general en números de desvíos estándar de una ley normal. Así, se distribuye con una curva normal estandarizada, por lo que puede ser utilizado como criterio estadístico para la comparación entre grupo y población. Como en otros test clásicos, se dirá que la diferencia observada es significativa al nivel usual del 5% cuando el valor test sea superior a 1,96. A su vez, se presentan ordenados de manera decreciente conforme su significación a fin de facilitar la caracterización de cada grupo. Para mayor detalle del uso del valor test ver: Moscoloni (2005).

Esta característica, por su parte, se complementa con el origen de los recursos económicos. Mientras que sólo las categorías más bajas (1 a 3) de autoafiliación se asocian a la recepción de “ayudas sociales” de todo tipo, desde tarjetas de compras en supermercados, pasando por vestimenta, alimentos, acceso a comedores, cobro de pensiones específicas y, fundamentalmente, la Asignación Universal por Hijo, las categorías intermedias aparecen asociadas a ingresos por vía de su inserción laboral. En este sentido, parece relevante la marcación moral que implica la recepción de “planes” y “ayudas sociales” en tanto transferencias de ingresos que no tienen origen en una inserción laboral institucionalizada (por ello la diferente asociación de la AUH y el salario familiar) (Assusa, 2018).

El cuadro se completa con la distribución de las condiciones laborales: mientras que la informalidad se asocia a las categorías bajas de autoafiliación, las intermedias y altas se asocian a empleo registrado, a la percepción de distintos tipos de derechos laborales (como la posesión de obra social), más otras condiciones que habilitan la acumulación en la trayectoria laboral (como el empleo permanente, la calificación laboral o el uso de tecnología).

Si bien las categorías laborales (como patrón, empleado y cuentapropia) no parecen demasiado claramente distribuidas entre las autoafiliaciones intermedias y las altas, hay cierta distribución escalada y ascendente en relación a los tipos de autonomía laboral (mayores a medida que se asciende en la escala de autoafiliación) y fundamentalmente en el tipo de tareas laborales de los encuestados. Mientras que las categorías bajas se asocian a las ramas en la construcción y el empleo doméstico; las intermedias se asocian a tareas de gestión, administrativas, comercio, educación y transporte (la mayoría de ellas de tipo no manual con calificación media), las categorías altas se asocian a puestos de dirección y funcionariado, a tareas hipercalificadas (calificación profesional, en ramas como comunicación, investigación, etc.), a la condición de empleadores y a la supervisión del trabajo de otros. Esto marca una posición con poder en las relaciones de producción y en el campo de conocimiento técnico.

Con relación al capital cultural, fundamental en la configuración objetiva del espacio social desde la perspectiva bourdieusiana (Bourdieu, 1988; Gu-

tiérrez, 2005), éste parece ser movilizado también en las representaciones de la estructura social. Mientras que las categorías de autoafiliación más bajas aparecen asociadas con niveles muy bajos de capital cultural institucionalizado (por ejemplo, hasta nivel de primaria completa como máximo nivel educativo alcanzado por el PSH), el nivel intermedio presenta una gran dispersión, pero una fuerte asociación con el nivel secundario completo y una relación con el acceso al nivel universitario (se complete o no en forma de titulación). Las categorías de autoafiliación más altas, por su parte, aparecen asociadas al nivel universitario completo, pero también a otros recursos complementarios como el conocimiento de idioma extranjero. Este elemento también aparece en las categorías intermedias, asociadas al manejo de computadora.

Parece interesante el modo en el que emergen brechas claras que pueden ser movilizadas como barreras simbólicas en las representaciones sobre la estructura social: las brechas de acceso y uso tecnológico (laboral o educativo) y de conocimiento de idioma extranjero definen fronteras significativas para los esquemas de percepción en el espacio social.

Accesos y consumos

Un segundo elemento en la cuestión constituye lo que, bajo la lógica de la teoría de la práctica, se define como espacio de las tomas de posición o espacio de las prácticas sociales. La Tabla 2 permite ver las diferencias en torno a los consumos de los diferentes grupos. En este sentido, la serie de accesos (en tanto derechos adquiridos y reconocidos) y las prácticas de consumo de bienes y servicios puestos en juego en el proceso de reproducción social, se distribuyen de tal manera que adquieren una estructura homóloga a la de las posiciones de clase y, en un sentido más amplio, a las retraducciones simbólicas de la estructura social.

Por ello, la percepción del presupuesto familiar en términos de “insuficiente” asociada a la caracterización de la modalidad con categorías de autoafiliación más baja, cobra sentido en el contexto de una asociación negativa (es decir, en términos de privación) con el acceso a todos los bienes y servicios detallados (desde servicio de internet hasta la posesión de un lavaplatos). La percepción precaria e inestable de ingresos monetarios de origen no-legitimado (ayuda social pública) se combina, entonces, con la privación de una gran proporción de bienes y servicios que condicionan, entre otros, las posibilidades de consumos culturales y, por lo tanto, las posibilidades de apropiación y uso de la información. Desde heladeras con freezer hasta computadoras son bienes negativamente asociados a las categorías bajas. De este modo, estas autoafiliaciones parecen movilizar la idea-fuerza de “no tener”.

En las categorías intermedias aparecen, en cambio, casi todas las posibili-

dades de consumo disponibles. Servicio de internet, televisión por cable, telefonía fija y servicio doméstico contratado, auto familiar y electrodomésticos en general, computadora de escritorio y también portátil y salir de vacaciones. A esto las categorías de afiliación más altas le suman bienes específicos como el lavaplatos, servicio de seguridad privada y “casa de campo”.

Tabla 2: Principales diferencias en torno a los consumos asociados a los grupos de autoafiliaciones

Grupo 1 a 3 de autoubicación en escala - 10.34%		
Variable	Categoría asociada	Valor test
Servicio de Internet	No	17,62
Salir de vacaciones al menos una semana	No lo hicieron	15,18
Bienes del hogar: Plasma/LCD/ Computadora	No	14,99
Bienes del hogar: Calefactores por instalación fija	No	13,94
Bienes del hogar: Auto	No	12,75
Material predominante de los pisos interiores	Cemento o ladrillo	12,58
Principal cobertura de salud	No tiene cobertura	12,38
Posesión de tarjetas de débito, crédito o compra	No tiene tarjetas	12,20
Bienes del hogar: Aire acond. / Heladera con freezer	No	11,95
Tipo de desagüe del inodoro	solo a pozo ciego	8,68
Bienes del hogar: Termotanque/ Cocina con horno	No	7,83
Autopercepción del estado de salud	Malo	7,50
Presencia de problemas en el barrio con basurales	Sí	7,44
Bienes del hogar: Colchón para cada miembro	No	7,20
Posesión de escritura de la vivienda	No	5,01
Tipo de barrio	Villa de emergencia	4,95

Grupo 4 a 7 de autoubicación en escala - 75.67%		
Servicio de Internet	Sí	10,88
Material predominante de los pisos interiores	Cerámica, baldosa	9,60
Bienes del hogar: Calefactores por instalación fija	Sí	8,83
Bienes del hogar: Computadora de escritorio	Sí	8,00
Bienes del hogar: Auto	Sí	7,26
Presencia de veredas en la cuadra	Sí	6,96
Servicio de Cable o Direct TV/ Línea de teléfono fijo	Sí	6,84
Salir de vacaciones al menos una semana	1 vez	6,76
Posesión de tarjetas de débito, crédito o compra	Sí, de crédito y débito	6,73
Bienes del hogar: Colchón para cada miembro	Sí	5,89
Bienes del hogar: Plasma/LCD/ Heladera con freezer	Sí	5,80
Tiempo que pasó desde la última consulta al odontólogo	Menos de 1 año	5,77
Bienes del hogar: Teléfono celular / Aire acondicionado	Sí	5,58
Presencia de problemas en el barrio con basurales	No	5,38
Tipo de desagüe del inodoro	a red pública (cloacas)	4,59
Principal cobertura de salud	Prepaga	4,08
Posesión de escritura de la vivienda	Sí	3,64
Grupo 8 a 10 de autoubicación en escala - 9.03%		
Posesión de cuenta corriente	Sí	7,33
Servicio de empleada doméstica	Sí	7,09
Posesión de otra caja de ahorro	Sí	6,44
Bienes del hogar: Aire acondicionado/Lavaplatos	Sí	6,31
Salir de vacaciones en fines de semana: miembros	Sí, toda la familia	6,05
Bienes del hogar: Casa/departamento de fin de semana	Sí	5,88

Bienes del hogar: Plasma/LCD/Internet/cable	Sí	5,80
Material predominante de los pisos interiores	Cerámica, baldosa	5,34
Salir de vacaciones al menos una semana	3 veces o más	4,93
Principal cobertura de salud	Obra social	4,60
Servicio de seguridad privado	Sí	3,84

Fuente: Elaboración propia en base a la ENES-PISAC

Lo que antes aparecía como la posibilidad de recibir renta inmobiliaria, aquí aparece como posibilidad de contar con más de una propiedad y sostenerla como patrimonio económicamente improductivo, reservado para el uso de la familia los fines de semana.

Las condiciones materiales de la vivienda se distribuyen desde elementos precarios, junto a la residencia en villas de emergencia y barrios con problemas de contaminación ambiental (fundamentalmente basura); hacia la residencia en barrios, con viviendas totalmente pagas y escrituradas (propiedad legitimada), materiales sólidos de construcción (como los pisos de cerámica) y plena presencia de los servicios públicos en el barrio.

Los servicios financieros también aparecen como un acceso diferencial que se asocia multidimensionalmente con las autoafiliaciones: la frontera entre las autoafiliaciones más bajas (1 a 3) y el resto está dada por la posesión de cuentas bancarias (caja de ahorro o cuenta corriente), tarjetas de débito y crédito y acceso al crédito hipotecario (fundamentalmente en las categorías altas). De este modo se completa un cuadro de ingresos bajos, inestables, precariedad laboral y precariedad financiera como elementos significativos en las autorrepresentaciones de posiciones bajas en la escala de la estructura social.

Por último, aparece como relevante la dimensión de la salud, tanto en relación a los accesos a cobertura (las autoafiliaciones más bajas carecen de cualquier tipo de cobertura y declaran asistir a consultas gratuitas), como a eventos de enfermedad y acceso a consultas preventivas (las autoafiliaciones más bajas declaran un evento de enfermedad en el último año y declaran no recordar la última vez que hicieron una consulta preventiva en el médico o el odontólogo). Todos estos accesos mejoran a medida que se asciende en las categorías de la escala, junto con la autopercepción del estado de salud. Como señalamos en este sentido, la multidimensionalidad del espacio de las tomas de posición se define no solo por la asociación entre posiciones estructuralmente determinadas, sino también por asociación entre unas y otras percepciones (de la estructura, del propio presupuesto y del propio estado de salud).

Sexo, configuración familiar y migración

Existen una serie de características o condiciones de los PSH que se asocian significativamente a sus autoafiliaciones. En primer lugar, la asociación de las categorías más bajas a PSH con condición de mujer, y a la migración de los PSH y de sus respectivos padres desde países limítrofes hacia la Argentina (ver Tabla 3).

Lo mismo sucede en relación a las configuraciones familiares: mientras que las categorías más bajas se asocian significativamente a lo que la estadística califica de núcleos “incompletos” y familias “extendidas”, las categorías intermedias y altas se asocian a núcleos “completos” y hogares unipersonales. De este modo, hogares con presencia de niños menores y una sola referente mujer, de origen migrante y con todas las condiciones y recursos económicos presentadas anteriormente, se constituyen como figura socialmente difundida de las categorías más bajas en la escala de la estructura social.

Tabla 3: Principales características demográficas de los grupos de autoafiliación

Grupo 1 a 3 de autoubicación en escala - 10.34%		
Variable	Categoría asociada	Valor test
PSH: Clase social de pertenencia	Clase baja	19,19
Sexo	Mujer	7,13
Composición del hogar	Nuclear Incompleto	6,14
Lugar de nacimiento de PSH	Países limítrofes	5,51
Composición del hogar	Extendido con núcleo	4,58
Estado civil	Viudo	4,48
Presencia de niños de 0 a 14 años	Sí	4,32
Edad	50 a 64 años	2,36
Grupo 4 a 7 de autoubicación en escala - 75.67%		
PSH: Clase social de pertenencia	Clase media	13,88
PSH: Clase social de pertenencia	Clase media baja	11,20
Lugar de nacimiento de PSH de hogar	En esta localidad	5,24
Estado civil	Casado	5,14
Sexo	Varón	3,82

Grupo 8 a 10 de autoubicación en escala - 9.03%		
PSH: Clase social de pertenencia	Clase media alta	12,55
Estado civil	Viudo	3,53
Edad	65 años o más	3,12
Presencia de niños de 0 a 14 años	No	2,95
Composición del hogar	Unipersonal	2,67

Fuente: Elaboración propia en base a la ENES-PISAC

Por último, mientras que las categorías más bajas de la escala se asocian a la identificación con la clase baja, las categorías intermedias presentan asociación con la clase media y media baja. Las categorías más altas de la escala, finalmente, presentan una asociación con la clase media alta y media, mientras que no se asocian (cabe aclarar) con la clase alta.

Reflexiones finales y elementos para seguir pensando

Finalizamos con la sistematización de algunos problemas metodológicos, algunas líneas a explorar y algunos hallazgos surgidos del análisis. Un primer punto de reflexión está relacionado al estatuto epistemológico de las respuestas en la encuesta que sirve de fuente para este análisis. Como sostiene Martín Criado (2014), las respuestas a distintos dispositivos de producción de datos deben ser pensadas, no simplemente como información transparente, sino también como prácticas sociales parte de nuestras problemáticas de investigación. En este sentido, la evitación de los extremos de la escala tanto como del sistema de categorías (1 y 10, clase baja y clase alta) implican, además de una percepción de la estructura social y el propio lugar en dicha estructura, una *estrategia simbólica de denegación*. En otras palabras, una evitación o finta a las clasificaciones morales negativas que implican las etiquetas “extremas” de las escalas de autoafiliación. Grimson (2015) señala que si bien existe cierta adscripción de la población a determinados principios de justicia distributiva desigualadora, los extremos (pobreza y riqueza) son percibidos como problemáticos y criticables en tanto afectan la integración comunitaria de la sociedad. Este primer punto marca un importante desafío para las investigaciones sobre el estatus social subjetivo, en tanto que deben ejercer una importante reflexividad metodológica en torno al estatuto epistemológico de las respuestas de autoubicación en escala de la estructura social: su tratamiento debe ser no sólo en términos de *representación y sentido* subjetivo, sino también en

tanto *estrategia simbólica*.

Un segundo punto de reflexión está relacionado con la hipótesis de la *visibilidad*, desarrollada en la investigación de Germani. ¿Desde cuándo existe la tendencia hacia las categorías centrales como modalidades modales para todos los grupos de ingreso y todas las posiciones objetivas de clase? ¿Desde cuándo la frase “somos todos clase media” se volvió *decible*? La investigación de Germani (2010) en la década de 1960, a diferencia de lo que marcan las investigaciones contemporáneas (Cruces y Tetaz, 2009; Grimson, 2015; Macceira, 2018) e investigaciones en otros países (Castillo, Miranda y Madero Cabita, 2013), encuentra distribuciones modales que se corresponden con la estratificación social de los encuestados en Niveles Económico Sociales. Algo similar sucede con el trabajo de Jorrat (2008). Es decir, Germani encuentra una fuerte correspondencia entre el estatus objetivo y el subjetivo o, en sus propias palabras, autoafiliación “adecuada”. Resulta interesante, en este sentido, que si bien pueden encontrarse, más allá de los valores modales ubicados en las categorías centrales para todos los deciles de ingresos, todos los niveles educativos y todas las condiciones socioocupacionales, algunas tendencias de “adecuación”, la minería de datos muestra asociaciones bastante claras entre las autoafiliaciones o tomas de posición –es decir, las percepciones sobre la propia posición en la estructura social– y una serie de condiciones, bienes, servicios, prácticas y percepciones que, desde nuestra perspectiva, pueden tener una interpretación conceptual clara. A esto también contribuyó en nuestro artículo la exploración de otras correspondencias estadísticas que las clásicas ingreso, ocupación y nivel educativo (accesos, consumos, origen de los ingresos, percepciones subjetivas varias, etc.).

Sin embargo, también es interesante pensar la posibilidad de que la tendencia modal hacia las categorías medias se haya ido consolidando progresivamente en una sociedad cuya estructura de estratificación ha ido disolviéndose perceptualmente, o, en otras palabras, una sociedad que tiene de sí misma una imagen hegemónica en términos de sumatoria individuos como único sustrato de lo social. La necesidad de incorporar nuevas preguntas en los instrumentos, que apunten a captar percepciones de la sociedad en términos de totalidad, se hace patente en este punto.

Estos dos puntos están conectados entre sí en dos dimensiones. La primera, de orden metodológico, es el reconocimiento de lo problemático que resulta suponer la posibilidad de correspondencia entre una escala teórica (sociológica) como los deciles de ingreso y una escala indeterminada en sus criterios (la posición 10 para los encuestados puede significar mayor educación, mayor prestigio, mayor poder, recursos económicos o plenamente riqueza) o, en palabras de Bourdieu, confundir las cosas de la lógica con la lógica de las cosas.

La segunda, de orden conceptual, refuerza el primer punto planteado en estas reflexiones finales, en torno a la idea de la autoafiliación como una estra-

tegia simbólica de presentación de sí. Ya distintos autores han señalado, como uno de los principales obstáculos para el estudio de la desigualdad social, la imposibilidad de las encuestas de hogar para captar los sectores concentrados o élites (Piketty, 2015; Pérez Sáinz, 2016). Es posible, entonces, pensar que a esta invisibilidad estadística se le suma una invisibilidad perceptual, una elite que redobla su dominación negándola: una clase dominante sublimada como clase media, afin a otras sublimaciones epocales, como la de las relaciones laborales y la asalarización en la figura de los “emprendedores” y los “colaboradores”.

No es del todo claro –aunque vale la pena explorar esta cuestión en próximas investigaciones– si se trata de percepciones habilitadas por un lenguaje que progresivamente tiende a la disolución de las clases (como lo viene haciendo el lenguaje del postrabajo), o de un mapa perceptual de la sociedad que, sin renunciar a dividir y distribuir a las personas en “clases” (más o menos educadas, morales, poderosas, dependientes, meritarias, etc.) diluye la dominación en una universalización de las clases medias. La síntesis de los datos y el análisis realizado, además de algunas investigaciones antecedentes (Jorrat, 2008) nos llevarían a inclinarnos por la segunda de las hipótesis.

Al mismo tiempo, la continuidad y la convergencia de distintos tipos de investigaciones basadas en diferentes fuentes en la identificación de la tendencia a autoafiliarse en las categorías “medias” para todos los grupos de ingresos, nivel educativo o condición socioocupacional, sugiere la exploración de la hipótesis de la *convergencia subterránea*. Esto habla de la potencia de un *trabajo de representación* (Bourdieu, 1990) eficaz en su inversión de capital simbólico para imponer un modo legítimo de ver y percibir la estructura social: un modo que omite o diluye las jerarquías y asimetrías, y que ha logrado que los procesamientos subjetivos de la propia posición en la estructura social coincidan (entre desiguales clases sociales) mucho más de lo que difieren. Algunas de estas tendencias contrapuestas en el campo simbólico, para utilizar la expresión de Kessler (2014), forman parte del clima de época evocado al comienzo: ¿utopía de igualdad-liberal o restauración de las desigualdades en el ámbito de los derechos y las aspiraciones?

Si bien implica siempre un riesgo de caricaturización y esquematización extrema, el procesamiento estadístico realizado en torno a la ENES-PISAC puede sintetizarse –al menos provisoriamente– en representaciones de la estructura social que condensan en imágenes sobre sus extremos, bajo la salvedad de que este imaginario se constituye (por los datos disponibles) sólo en torno a la autoafiliación y no a las heteroafiliaciones.

La imagen de la “pobreza” movilizada en el enclasmiento en categorías más bajas se configura feminizada, con marcaciones nacionales (origen migrante) y con configuraciones familiares que no responden al canon. Materialmente está signada por condiciones laborales informales, precarias, inestables

y descalificadas, cristalizadas en dos figuras prototípicas: la empleada doméstica y el albañil.

El cuadro se completa con ingresos bajos y su significación en términos de insuficientes. La autoafiliación en categorías bajas moviliza elementos imaginarios de pobreza “clásica” y sustancial: habitar en villas de emergencia, con problemas de contaminación, en viviendas con materiales precarios. Resulta central en este sentido la fuerte asociación entre las categorías de autofiliación más bajas y el origen de ingresos no laborales ni comerciales (como los “planes sociales”). El enclasmiento moral de los planes sociales en el país parece tener un gran peso (a juzgar no solo por estos datos sino también por el conjunto de datos de corte cualitativo con que hemos acompañado este tipo de indagaciones) en relación a los procesos de estigmatización y despojamiento simbólico de las clases populares en el país (Assusa, 2018). Hay allí un rasgo fundamental para explorar las fronteras o diferencias entre las categorías más bajas y las intermedias.

El paisaje de privación se completa con la asociación a diversas formas de desposesión: de bienes y servicios, titulación escolar baja, falta de acceso a tecnología, conocimientos, cobertura de salud, servicios financieros, etc. Se trata de autopercepciones sintetizadas en la negación y el padecimiento: carencia, desprotección, “no tener” y enfermedad.

La imagen polarmente opuesta –síntesis del enclasmiento en las categorías más altas de la escala– se construye relacionamente: recursos materiales suficientes (objetivos y percibidos), incluyendo su dedicación específica al ocio (vacaciones, casa de campo, etc.). Acceso pleno a servicios de todo tipo (públicos, de internet, televisión, teléfono, financieros, etc.), con viviendas de material, en barrios residenciales. Buena salud (cobertura y percepción), educación (incluyendo títulos y conocimientos especializados) y tareas laborales en condiciones de legalidad y ciudadanía plena, con cuotas crecientes de autonomía y protección.

Cabe señalar que el conjunto de estas percepciones asociadas a una u otra autoafiliación dan muestra de representaciones de la estructura social que combinan diversas dimensiones: características individuales (sexo, origen migrante), tipos de familias, condiciones materiales, recursos y percepción de los recursos, títulos y conocimientos, derechos, reconocimiento social y técnico de las tareas laborales, y legitimación de los recursos poseídos (origen de los ingresos, tipo de tenencia de las viviendas, etc.). La contraposición/articulación de estas dimensiones serán líneas a explorar en próximas producciones.

Bibliografía

Araujo, K. y Martuccelli, D. (2011). La inconsistencia posicional: un nuevo

concepto sobre la estratificación social. *Revista CEPAL*, 103, 165-178.

Assusa, G. (2018), “Desigualdad, políticas sociales y simbolismo del trabajo en Argentina. Estructuración, apropiaciones y sentidos vividos en el Espacio Social en Córdoba, Argentina”, *Ciudadanías. Revista de políticas sociales urbanas*, 3.

Bayón, C. y Saraví, G. (2019). Desigualdades: subjetividad, otredad y convivencia en Latinoamérica. *Desacatos*, 59, 8-15.

Bourdieu, P. (1988). *La distinción: criterios y bases sociales del gusto*. Madrid: Taurus.

Bourdieu, P. (1990). Espacio social y génesis de las clases. En *Sociología y cultura*, 281-309. México DF: Grijalbo.

Bourdieu, P. (2007). *El sentido práctico*. Buenos Aires: Siglo XXI.

Bourdieu, P. (2010). Efectos de lugar. En Bourdieu, P. (dir.), *La miseria del mundo* (pp. 119-124). Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.

Bourdieu, P. (2011). Estrategias de reproducción y modos de dominación. En *Las estrategias de reproducción social*, 31-50. Buenos Aires: Siglo XXI.

Bourdieu, P. (2019). *Curso de sociología general 1*. Buenos Aires: Siglo XXI.

Castillo, J. C., Miranda, D. y Madero Cabita, I. (2013). Todos somos clase media: sobre el estatus subjetivo en Chile. *Latin American Research Review*, 48(1), 155-173.

Cruces, G. y Tetaz, M. (2009). Percepciones subjetivas de la distribución del ingreso y preferencias por las políticas redistributivas. *Avances de Investigación, CEDLAS*, 33.

Davies, J. A. (1956). Status Symbols and the Measurement of Status Perception. *Sociometry*. 19 (3), 154-165.

Germani, G. (2010). Clase social subjetiva e indicadores objetivos de estratificación. En Germani, G., *La sociedad en cuestión. Antología comentada* (pp. 168-201). Buenos Aires: CLACSO.

Grimson, A. (2015). Percepciones sociales de la desigualdad, la distribución y

la redistribución de ingresos. *Revista Laboratorio*, 26 (15), 197-224.

Gutiérrez, A. (2005). *Pobre como siempre. Estrategias de reproducción social en la pobreza*. Córdoba: Ferreyra Editor.

Gutiérrez, A. (2012). *Las prácticas sociales. Una introducción a Pierre Bourdieu*. Villa María: EDUVIM.

Hoggart, R. (2013). *La cultura obrera en la sociedad de masas*. Buenos Aires: Siglo XXI.

Jorrat, R. (2008). Percepciones de clase en la Argentina. *Estudios del Trabajo*, 36, 49-83.

Kessler, G. (2007). Principios de justicia distributiva en Argentina y Brasil. Eficacia global, igualitarismo limitado y resignificación de la jerarquía. En Grimson, A. (comp.), *Pasiones nacionales. Política y cultura en Brasil y Argentina* (pp. 211-248). Buenos Aires: Edhasa.

Kessler, G. (2014). *Controversias sobre la desigualdad. Argentina, 2003-2013*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.

Kessler, G. (inédito). Pobreza subjetiva y percepción de movilidad social en América Latina.

Kluegel, J. R., Singleton, R. y Starnel, Ch. E. (1977). Subjective Class Identification. A multiple Indicator Approach. *American Sociological Review*, 42(4), 599-611.

Maceira, V. (2018). Clases y diferenciación social. En Piovani, J. I. y Salvia, A. (coords.), *La Argentina en el siglo XXI. Cómo somos, vivimos y convivimos en una sociedad desigual* (pp. 49-86). Buenos Aires: Siglo XXI.

Martín Criado, E. (2014). Mentiras, inconsistencias y ambivalencias. Teoría de la acción y análisis de discurso. *Revista Internacional de Sociología*, 72(1), 115-138.

Marx, C. (1975). *Contribución a la crítica de la economía política*. Buenos Aires: Ediciones Estudio.

Moscoloni, N. (2005). *Las nubes de datos. Métodos para analizar la complejidad*. Rosario: UNR.

Pérez Sáinz, J. P. (2016). *Una historia de la desigualdad en América Latina. La barbarie de los mercados, desde el siglo XIX hasta hoy*. Buenos Aires: Siglo XXI.

Piketty, Th. (2015). *La economía de las desigualdades. Cómo implementar una redistribución justa y eficaz de la riqueza*. Buenos Aires: Siglo XXI.

Sachweh, P. (2012). The moral economy of inequality: popular views on income differentiation, poverty and wealth. *Socio-Economic Review*, 10, 419-445.

Saraví, G. (2015). *Juventudes fragmentadas. Socialización, clase y cultura en la construcción de la desigualdad*. México DF: FLACSO-CIESAS.

Savage, M., Devine, F., Cunningham, N., Taylor, M., LI, Y., Hjellbrekke, J., Le Roux, B., Friedman, S. y Miles, A. (2013). A new model of social class? Findings from the BBC's Great British Class Survey experiment. *Sociology*, 47 (2), 219-250.